VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES

APARECE LOS DOMINGOS

Año I	Montevideo, Diciembre 26 de 1897	Núm. 26

Director y Redactor:	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	Administrador:
RAFAEL J. FOSALBA	Capital un mes . . . . $ 0.50	Máximo Seré
	Campaña y Exterior un mes . . » 0.60	Secretario de Redacción:
	Número corriente . . . . . . » 0.20	Fermin Héctor Casas
	Dirección y Administración: Convención 82	

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Marieta, Laura y Esther Terra

Fotografía de Fitz Patrick

SUMARIO

TEXTO: JUEGOS FLORALES por *La Redacción*—LA VIRGEN EN EL PESEBRE, poesía de *Alfonso Daudet*, traducción de *Manuel Fernandez*—LILIAL DE NOCHE BUENA, por *Francisco C. Aratta*—LA NATIVIDAD, soneto por *Francisco Rodriguez*—SONETO, por el doctor *Emiliano G. Pajares*—SOBRE UNA TUMBA, por *Rafael M. Silva* (Conclusión)—DÍA DE AMOR, poesía por *Juan Cárlos Menéndez*—¡AÑA NUEVO!, por *Cayetano R. Mendoza*—REDENCIÓN, poesía por *Rafael de los Ríos*—SOR FILOMELA, por *Rubén Darío*—CAYO JULIO CÉSAR: I LAS LUPERCALES; II LOS IDUS DE MARZO, sonetos por *José C. Marco y L.*—NOSTÁLGICOS, poesía por *Cayeta o R. Mendoza*—SOBRE EL MURO, por *Indiscreto*—E'LIVER, poesía de *Adolphe Retté*, traducción de *Werther*—A AMELIA, poesía por *Luis Caio z*—CUESTIONARIO, por *Catulle Mendés*.

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS; señoritas *Marieta, Laura y Esther Terra*, fotografía de *Fitz Patrick*—El puerto del Carmelo—Las bodegas del establecimiento Harriague en el Salto—Calle 25 de Mayo y Plaza Independencia de la villa de Melo—Todos de fotografía y grabados de *Emilio A. Coll y Cía* de Buenos Aires.

JUEGOS FLORALES

Deseando propender al desarrollo de las Bellas Letras en nuestra Pátria, y notando la falta de estímulo y la sobra de indiferencia por todo lo que se relaciona con la literatura, la Dirección de la Revista VIDA MONTEVIDEANA, con la autoridad que le prestan sus numerosos y notables colaboradores, ha acordado establecer un Certámen Literario y Juegos Florales, de los que ha de redundar mayor beneficio por la causa de la ilustración intelectual de los orientales.

El momento no puede ser más oportuno, por cuanto dentro de poco se elevará en la ciudad de San José de Mayo el primer monumento á la memoria del prócer de la Independencia Uruguaya, General don José Gervasio Artigas.

Así, la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA hallará la forma adecuada para que en la solemnidad de la erección del monumento, se efectúen en la ciudad de San José de Mayo los Juegos Florales, cuyas bases son las que van en seguida.

TEMAS:

TEMA A — Composición en verso á Artigas.
TEMA B — Poesía ó canto al Amor.
TEMA C — Trabajo en prosa sobre los destinos del Arte.
TEMA D — Trabajo en prosa sobre las causas del decrecimiento del matrimonio en la República.
TEMA E — Soneto con libertad de temas.
TEMA F — Causas del indiferentismo por la literatura nacional.

Hay que advertir que todas las producciones deberán ser inéditas, y los artículos en prosa no podrán exceder en estención á dos páginas de la revista VIDA MONTEVIDEANA.

Los trabajos deberán ser presentados á la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA antes del 1° de Febrero de 1898, debiendo ir en dos sobres distintos: en uno, el trabajo con un lema; en otro, el lema anterior en el sobrescrito, y dentro del sobre cerrado y lacrado, la firma del autor y su domicilio. Este último sobre se abrirá en caso de que resultase premiada la composicion que lo acompañe, y de nó, será devuelto sin abrirse, al interesado.

El Jurado se compondrá de seis literatos de nota de la República, cuyos nombres se harán conocer brevemente por medio de la prensa, así como también se publicarán los títulos y lemas de los trabajos que se vayan presentando al concurso.

El Jurado dictaminará cual de las composiciones de cada tema merece compensarse con los siguientes

PREMIOS:

TEMA A: 1er. premio: Medalla de Oro — 2° Medalla de bronce — 3° Mención honorífica.
TEMA B: 1er. premio: La rosa natural — 2° Mención honorífica.
El agraciado con el primer premio en este tema, elegirá la Reina del Torneo.
TEMA C: 1er. premio: Un pensamiento de oro esmaltado — 2° Mención honorífica.
TEMA D: 1er premio: Un lapicero de oro y brillantes—2° Mención honorífica.
TEMA E: Unico premio: Medalla de bronce.
TEMA F: Unico premio: Medalla de bronce

Las composiciones premiadas se publicarán en la revista VIDA MONTEVIDEANA, y serán leidas por sus autores en el acto de la distribución de los premios, la que tendrá lugar en la ciudad de San José, el dia y hora que acuerde la Comisión de los festejos en honor de Artigas, en combinación con la Dirección de VIDA MONTEVIDEANA.

LA VIRGEN EN EL PESEBRE

(POESÍA DE ALFONSO DAUDET)

Entre sus blancos pañales
mece la vírgen al niño
que inquieto bulle y gorgea
como un pichón en su nido.
En dulce arrullo le canta
lo que á nuestros anjelitos
cantamos para que duerman....
pero, no se duerme el niño.

Entusiasmado y alegre
con el musical sonido,
el dulce canto remeda
como el salmista levítico;
marca el compás en el lecho
con sus rosados bracitos,
más, la vírgen se entristece
al ver que no duerme el niño.

« Mi dulce Jesús:—le dice
« con voz trémula á su hijo;
« duerme, corderito blanco,
« duerme que es tarde, hijo mio!
« La luz se apaga, está débil,
« tu rostro se torna lívido;
« duerme, amor, duerme sin miedo...»
Pero, no se duerme el niño.

« Hace frio, el viento sopla
« y no hay fuego en este sitio,
« es de noche, noche santa
« del amor santo y divino.
« Duerme, cierra los ojos
« entre tus paños mullidos,
« dando á las estrellas celos...»
Pero, no duerme el niño.

« Si por un instante duermes
« vendrán los ensueños lindos,
« para hacer, como palomas,
« sobre tus párpados nido.
« Vendrán; duerme Jesús bello,...»
Más: ay! que vanos han sido
los ruegos y los cantares,
porque no se duerme el niño.

María entónces le contempla,
Le arroja, lanza un suspiro,
Inclina su triste frente,
Y con tono dolorido;
« ¡No duermes; dice, y tu madre
« llora por ti dulce amigo...!»
Corre el llanto de sus ojos,
y entónces, se duerme el niño!

MANUEL FERNANDEZ.

Diciembre 21 de 1897.

LILIAL DE NOCHE BUENA

Es casi la hora auroral que llena de harmonías los bosques y las ciudades. En los bosques, cada nido es una arpa melodiosa; cada rosa, un foco de vibraciones luminosas; en las ciudades, las primeras golondrinas madrugadoras, atraviesan las calles, de parte á parte, con la flecha de sus vuelos. Pronto subirá por el horizonte el escudo bruñido á fuego del sol glorioso, escalando las montañas del azul, á la conquista de las estrellas pálidas del Amor y los placeres; y yo todavia estoy insómne, tendido en mi lecho, sin que por sobre mis párpados haya pasado el humo espeso que los cierra, durmiéndonos, todas las noches, cuando una hada invisible nos carga la pipa azul del ensueño....

Todavia suena en las calles el grito aturdidor de los muchachos, vociferando:

Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir....

Y aún dentro de la campánula de cristal sobre el veladorcito está la esteárica bujia encendida: que esa rosa de fuego jamás falta de noche, abierta en la penumbra de mi cuarto, al lado de mi blanco lecho...

El lecho! que no llegue jamás á este altar del sueño, donde á menudo se consuma el sacrificio del amor y de la muerte, otra mano que la mórbida y perfumada de la niña, de la hermana inocente ó de la esposa amada, y sobre todo, la mano pródiga y veneranda de la santa madre, que nos deja en la candidez de los lienzos el perfume de sentimiento que nos augura un sueño plácido y un descanso dulcísimo á las batallas diarias de la vida...

Mirando fijamente la luz de mi bujia, como si quisiera hipnotizarla, veo pasar, tamizadas en su rayo dorado, imágenes de otrora... Franqueo el abismo de muchos años, se me aparece la casa paterna al borde del arroyo que se pierde murmurando, en lotananza, bajo arcos triunfales de sauces frondosos....

Veo aquellos buenos viejos que, ¡ay! ya no abrazaré jamás; y que guiados por la estrella del cariño bajaban del lecho á estas horas para poner en mi zapatito de charol, dejado la víspera en el átrio de la casa, el óbolo riquísimo de sus ternuras...

Entrecierro los ojos, y una ola de angustia hincha mi pecho y pienso en la razón triste de Manrique, cuando sollozaba que el tiempo pasado. *fué mejor!...* Fué mejor, porque ya no iré á dejar mi chinela al lado de la puerta ó sobre el terrazo para que los magos del cariño dejen su rica ofrenda...

Y veo el árbol de Navidad espléndido de cirios sonrosados como las mejillas de mis amiguitos; y veo colgados de sus ramas los globos azogados donde las lucecillas estallaban sus risas fulgurantes al vibrar nuestras ruidosas y francas carcajadas, nuestros

palmoteos rumorosos; dá vuelta ante mis ojos la farándola alegre de los muchachos, como los cascabeles del traje irisado de Arlequin locuelo.

Estoy, sin duda alguna, sumergido en el mar rosado del ensueño y abandono mi espíritu á sus ondas muelles que, como en una hamaca de flores, me llevan dulcemente á otros mundos, haciéndome vivir otra vida, quizas la única verdadera, la vida hermosa de los supremos ideales...

De pronto, hiere mi retina, un rayo de luz que entra por la pared, filtrada á través del muro espeso como si fuera cristal de roca, como si hubiera surjido al golpe mágico de otro Moisés en un chorro luminoso... Esa luz me muestra un objeto blanco, inmaculado, sobre las flores mentidas de mi alfombra; es un zapatito de raso blanco como el que usan las novias cuando se acercan á la entrada triunfal de la juventud para gozar de todas las felicidades de la vida.

¡Nunca he visto un zapatito tan pequeño y tan elegante! La hada madrina de *Cendrillón* no lo preparó más pequeño para su ahijada. El pié admirable para el que fuera hecho, debió haberse deslizado, en el zapatito, apenas como un ensayo, el tiempo bastante para dejarle toda esa emanación embriagadora de flor de carne y perfume de sentimientos, que mezclan las mujeres hermosas á los objetos que han usado para realzar sus hechizos divinales.

Me pareció por un momento que era el zapatito de novia que hubiera dejado caer una virgen hechiceramente bella, al ascender en la nube rosada de la dicha en brazos del sér amado...

Trémulo como el creyente fanático que tocara el vaso sagrado del altar, tomé aquella azucena de raso en mis manos. No toma con tanta reverencia la copa de oro el sacerdote en el ara sacra del templo.

Sin saber por qué, pero, arrastrado por un ardor de amante idolatria, lo acerco á mis lábios, y Dios mio!... el zapatito me vuelve mi beso sonoro que repercute en mi oido y en mi corazón como nota acordada de una melodia divina, cuyo motivo me hubiera encantado muchas veces!...

Coloco sobre mi lecho la blanca y satinada joya; esta empieza á murmurar palabras dulcísimas en un *frou-frou* delicioso, de querellas y esperanzas... «Mira! me dice quejumbroso, con la dulcedumbre de la voz amada que os acaricia el oido; yo no vengo á traerte en mi seno perfumado el regalo de Navidad... Me envia una mága de hermosura á quien ha guiado hasta ti la estrella del Amor espléndida... Yo no te doy, te pido, y dándome, oh! estrañeza te haces un régio presente. Vengo á pedirte el oro de tus pensamientos, el insienso del amor de tu corazón ardiente y la mirra afrodisiaca de tus caricias que dán la vida...

«Yo soy el zapatito de novia de aquella niña que está tan léjos del destino de tu vida, porque tú lo quieres. Yo vengo á decirte el epitalamio de la ventura más grande que nunca ha soñado la fantasía del profeta árabe bajo las ondulantes palmeras cargadas de dátiles en Stambul, y junto al surtidor cristálico que canta en la fuente marmórea en medio del morisco pátio.

«Díme, ¿nunca pensaste, al quebrar lleno de hastío los cálices vacios de los amores banales, no has pensado en la santa prometida que te esperaba, desde tantos años, vistiendo, en las penumbras misteriosas, el blanco nupcial ropaje, donde mueren todas las virjinidades dulcemente, y donde nacen todas las felicidades de la tierra?....

«Tú no sabes! Tú no sabes que ella, vestida de candores, cubierta con el blanco velo que es nube de ilusiones, coronada de los azahares de la perfumada esperanza, te ha esperado siempre! siempre! como el Mesías de su vida, como el solo Dios que habia de conmover sus entrañas con la salutación divina del primer *te amo* y al calor del fuego indeleble del primer abrazo y del primer beso!...

«Por ti sólo es que ella recoje todas las mañanas, con tanta gracia artistica, como si fuera una estátua de Canova, la cascada de azabache de su opulenta cabellera negra; sobre su nuca hermosa de virgen odalisca... Por ti solo, ella perfuma sus manos diminutas, su cuello de cisne orgulloso y su frente tan blanca que parece la cúpula de un templete ideal, donde se guarda al idolo de todos los ardientes pensamientos... Por ti sólo ella ha circuido con una cinta de oro la blanca morbidez de su brazo de reina y en ese anillo hará grabar vuestros nombres enlazados..... Para ti sólo ella arranca todos los dias á su piano melodias de Schubert y Mascagni, de Gounod y Haydin... Por ti sólo ella cuida los arriates donde las plantas estallan en florescencia de nieve andina y de fuego de crepúsculos orientales; y le encarga para tí solo, sus más lindos terciopelos á los pensamientos vestidos con dalmáticas multicolores de heraldos mediovales, sus moirées más sedosos á la azucena y su blancura más sollozante de lágrimas de rocio á las estrellas perfumadas de los nardos albisimos! sus más rojos corales á las achiras y la dulzura secreta de sus abrazos á la amante hiedra y sus frases enamoradas á los heliotropos y á las miosotis, rúbias y azules... Por tí solo ella ha ensayado en las noches luminosas los pliegues griegos de su traje lilial de novia, que marcan tan bien la escultura de sus formas virginales.

«Te he venido á pedir, mendigo sublime, recordándote que divinas son las primeras caricias de la boca amada, cuando suena la música quejumbrosa de las caricias, y el primer beso es profundo como un estigma que se labra, como el estupor solemne de una revelación por mucho tiempo presentida; y recordándote que dulce perfume se desprende del corazón que se entrega, como el aroma, extraño y delicado, de una flor abierta para uno solo en un jardin misterioso por largo tiempo cerrado, como un edén del amor y los placeres.

«Sé que darás, porque yo que estoy hecho con capullos virginales de seda albísima, por manos de hadas, te hablo con la dulzura aterciopelada del mirar de los ojos soberanos y sombrios de aquella niña qúe hoy se pone tan cerca del destino de tu vida azarosa!».

Calló aquella boca de blanco raso y yo busqué algo para dejar en aquel relicario del amor primero... ¿Qué darle?... ¿Joyas? No! con ellas se compra el falso amor de las estrellas errantes. ¿Flores?... Ay! el otoño de mi vida no las tiene y solo el amor que presiento resucitará la primavera en el verjel del alma... ¿Confites?... Regalos para niños, para una novia los mejores dulces son los besos apasionados... Oh! pero, yo tengo algo aqui todavia virgen, que no he dado por entero á nadie: mi corazón ardiente.... Muevo el brazo para arrancármelo del pecho y para déjarlo en ese nido perfumado que aguarda entreabierto como una boca que espera un beso delicioso; tomo con mis manos mi corazón ardiente, tan ardiente, que lanzo un grito de dolor...

El grito de dolor y la quemadura me despiertan...

¡Es que he apagado la luz de mi bujia con los dedos!

FRANCISCO C. ARATTA.

Minas, Diciembre 24 de 1897

LA NATIVIDAD

Canta Sión, y nuncios superiores
Llevan al mar, á la espaciosa tierra,
A cuantos mundos la creación encierra,
Del natal más dichoso los loores.
De polo á polo vístense de flores
El hondo valle y lá encumbrada sierra,
Mientras las hordas de Satán destierra
Pronto el cielo con nítidos albores.
Solo los esparce, Aurora soberana
Del Sol Divino, la sin par María,
Al mostrar hoy su bendecida frente:
Los que ya tornan de la culpa insana
La horrenda noche en bonancible día,
En tierno amor las iras del Potente.

FRANCISCO RODRIGUEZ.

Diciembre 24 de 1897.

SONETO

Corruptor de la infancia le llamaron
al filósofo Sócrates, el bueno,
los plebeyos nacidos en el cieno...
¡y esos calumniadores le juzgaron!
A los que la sentencia pronunciaron
les abochorna el sábio, que, sereno,
la copa apura del letal veneno,
y, al juzgar contra él, se condenaron.
Aunque en la Sociedad siempre es lo mismo,
aunque ella premia á quien lo falso imputa,
hay la sanción de Dios y de la Historia,
Qué para el victimario y en cinismo
se prepara es lo Eterno la cicuta,
y se reserva, para el mártir, Gloria!

EMILIANO G. PAJARES.

Salto Oriental, Diciembre 23 de 1897.

SOBRE UNA TUMBA

(Conclusión)

Más de una vez, sin mirar la diferencia de clase, ofrecí mi mano á aquella mulata.

¡Y hubiera sido feliz!

Pero hay una mano invisible que se llama el destino, que causa males sin cuento. Dicen que es Dios quien dirije esa mano. Si es Él el autor de esos males, no es infinitamente bueno como dice la Escritura, es sólo un cruel tirano que abusa de su Omnipotencia....

Aquel hombre parecía revelarse contra sus creencias religiosas.

Rojo el semblante, el cabello alborotado y la mirada feroz, parecia un león herido, haciendo frente al cazador que lo persigue.

Quiso vaciar otra copa y se lo impedí.

A la mañana siguiente—continuó—había fiesta en el cielo. El aire era puro, como que no había despertado aún la humanidad para corromperlo con su aliento...

Insensiblemente me fuí alejando de la casa, tranquilizando mi agitado espíritu el despertar de la Naturaleza.

Cuando volví, ya tarde, llamó mi atención un par de arrogantes cabalgaduras en los umbrales del ingenio.

Entónces recordé la carta de mi madre. Mi tio era el huésped.

Cuando entré, salió á recibirme y me presentó á su compañero el general Macao; tipo alto, fornido, con barba corta, y de fiero aspecto.

Hablamos poco tiempo; yo con el pretesto de leer las cartas de la familia me retiré.

Ya no me iba.

Mi madre me decía que podia continuar mi temperamento hasta que mi restablecimiento fuese completo.

Si yo estaba contento, no lo estaba Rosario. Me abrazó y entre suspiros me dijo: ¡qué feliz soy!

¡Desgraciada! ¡Su alma inocente la engañaba!

El «criminal invisible» habria de tronchar bien pronto aquella ilusión qué se fecundizó con lágrimas de amor infinito.

Aquí hizo el narrador una pausa.

Yo escuché primero su relación sin hablar, lo mismo contemplé luego su silencio.

De repente dió un grito.

—¡La esclavitud!--dijo, y rompió á llorar como un niño.

¡Durante la esclavitud, en donde estaba la conciencia de los hombres y la justicia de Dios?

Yo comprendo el crimen--me decia--la humanidad me hizo malo para que pudiera vivir con élla! Hoy todo lo comprendo!

Lo que siempre me ha parecido fábula, es el comercio de la carne humana.

El hombre vendia al hombre y el padre, es decir, Dios, miraba impasible el comercio fratricida de sus hijos!

Parece un cuento! Pero era una verdad y se hizo tradicional.

Mi tio era apóstol de esa tradición.

Aquel canalla en la guerra habia perdido el sentimiento. La ambición era su guia. Su conversación con el general siempre versaba sobre orgias, raptos, tropelias, y ambos, por esto, y más por los piropos que le dirigian á Rosario, tenian de mi todo el odio que engendran los celos.

Llegó el momento en que habian de partir.

El dia era hermoso.

El sol de marzo recien desposado con la primavera, brillaba esplendoroso en el espacio, hiriendo con sus rayos de fuego los senos vírgenes de las flores, que á su contacto se abrian mostrando sus corolas repletas de perfume.

El caballo blanco del general, atado muy cerca del hogar, esperaba impaciente á su ginete.

Mi tio, desde el comedor, lo miraba con envidia y hallaba al suyo, magnifico peruano, feo y despreciable.

--Y bien Macao—le dijo de pronto--no me vendes el caballo?

—Ni por un Potosí--ese es mi amigo de campaña.

--Te doy el Inca--así llamaba mi tio á su corcel--y te devuelvo.

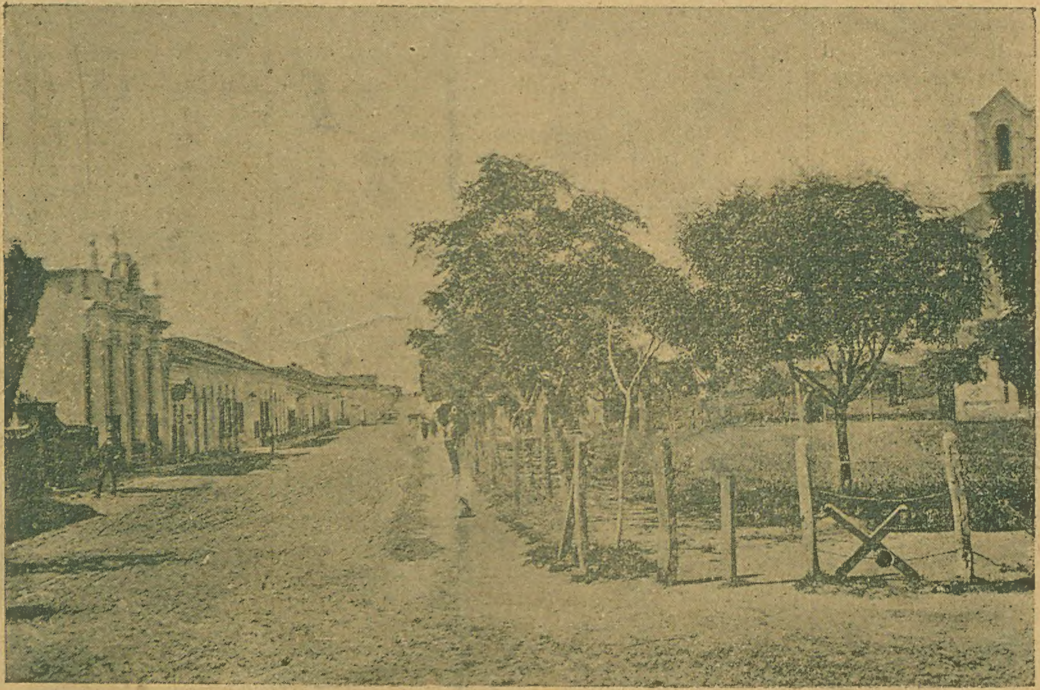
--No chico, no acepto, vámonos.

--Bueno, te doy el Inca--repitió aquel malvado como un último recurso--y á esa mulata, en el momento mismo en que Rosario, con el cabello suelto y como nunca hermosa, entraba portando tres tazas de café.

--¡Aceptado!--gritó Macao--y rápido y como un cosaco se lanzó sobre su presa, montóse en el peruano, hundióle el acicate en los hijares y partió como un rayo con dirección á la Habana, mientras Rosario me gritaba desesperada. ¡Sixto sálvame! ¡Sálvame por Dios!

Lo breve del acontecimiento me turbó. El golpe fué terrible.

Loco, delirante, cogi un cuchillo de la mesa y ya iba á partir el corazón del que vendia mi amor, cuando las vigorosas manos de dos negros me sujetaron por detrás, y caí impotente en tierra con una maldición en los lábios para el universo entero.



Plaza de la Independencia y calle 25 de Mayo en la Villa de Melo (De fotografía)

Cuando volví en mi acuerdo, estaba en la Habana.

La casa, antes risueña, estaba triste y sombria. Mi madre y mi hermana vestidas de negro estaban cerca de mi lecho. Afuera se oia ruido de gente extraña. Todo me parecia un sueño. Quise hablar, pedir explicaciones, pero no pude. Estaba afágico.

Seis meses después lo supe todo.

El general habia llegado á la Habana con Rosario casi demente. Una vez allí, habia querido alcanzar con la violencia, lo que no hubiera conseguido de otro modo y pagó con la vida su cínica pretensión. Mi tio, cuyos compromisos militares le llamaron á campaña, murió como un cobarde en la primera escaramuza.

Rosario, al verse criminal, perdió la razón y murió en un manicomio.

Al saber este cúmulo de desgracias, caí de nuevo en cama, presa de una febrilidad horrible.

La reacción no se hizo esperar.

Una vez que me dejaron solo, subí á mi estudio; por el balcón se colaba un aire grato y bienhechor; el cielo estaba tristemente gris.

Triste el cielo y triste mi alma, los recuerdos surgieron lentamente.

«¡Sixto, sálvame por Dios!» como que decia el viento en sus cabriolas. Yo soñaba despierto. El sol hundiéndose en él Ocaso, parecia el vivac de un lejano campamento.

El crepúsculo vespertino nacia cantando un himno de tristeza á la reina de las sombras. El bullicio de la ciudad, llegaba sordo á mis oidos, como respetando mi estado.

La Inspiración, mi antigua novia, penetró en mi alcoba, posó sus lábios en mi frente como una amante ausente que quisiera despertar con sus caricias un viejo amor.

Me sentí artista.

Cogí un papel, vertí en su blanco seno mis impresiones, y de ahí brotó ese canto de cisne que yo llamo «*Sobre una tumba*».

La tumba de mi única ilusión.

. . . .

Como un niño que se duerme en el regazo maternal, así se durmió aquel artista ébrio, en su jergón, al terminar su narración lastimera.

Desde que ví á Sixto por primera vez me fué interesante. Yo sabia que él se habia fugado del hogar, que habia ingresado en una compañia de zarzuela como primer violin, que habia ascendido hasta director de una Compañia de ópera, que habia derrochado sus ganancias en orgías, etc., pero ignoraba esta página íntima de su historia, que me refirió el dia de su santo, entre lágrimas y tragos de cogñac.

Rafael M. SILVA.

Diciembre de 1897.

Cayo Julio César

(SONETOS INÉDITOS)

I

Las Lupercales

Es en pleno festin. Fulge doquiera
Y derrama su lumbre la alegria;
El Chipre y el Falerno, la vajilla
Repletan de cristal que reverbera.

Él—titán vencedor—aún espera,
Que no es tiempo de tanto todavía;
Más ya se acerca el venturoso dia
De ceñirse la clámide altanera.

Antonio el cetro y el poder le ofrece
Y él los rechaza con segura mano:
Será con calma que se encubre al sólio;
Más con todo que ha muerto ya parece
El dominio del pueblo soberano,
Y está triste y sombrío el Capitolio.

II

Los Idus de Marzo

Hay augurios funestos en el cielo,
Signos vagos, cometas misteriosos;
Y unos como sonidos quejumbrosos
Que en el pueblo despiertan el recelo.

No más el ave tenderá su vuelo
Ni verá el adalid, dias gloriosos;
Ni á cabo llevará sus portentosos
Hechos el génio, con sublime anhelo.

¡Oh cruel inconsecuencia del destino,
Que á los gigantes odia! De la envidia
Victima es á expiación propiciatoria;

Y viéndole caer en su camino,
Siempre luchando y aún en plena lidia,
De sus yerros absuélvele la Historia.

José C. MIXCO Y L.

San Salvador, Noviembre 17 de 1897.

¡Año Nuevo!

Para mi querido amigo Luis Ferraro

¡AÑO nuevo! Año nuevo! Estas son las frases que, llenas de júbilo, pronuncian los almas juveniles al llegar el primer dia de Enero. Para las criaturas la llegada de un nuevo año constituye un feliz y extraordinario acontecimiento. Todos los niños anhelan ese dia con la misma intensa ansiedad, que el desventurado sediento la clara linfa que ha de apagar el fuego que le abrasa las entrañas! Un año más, para los niños no reviste otra importancia que la que le dá los innúmeros aguinaldos, que reciben de parte de los padres, hermanos y parientes.

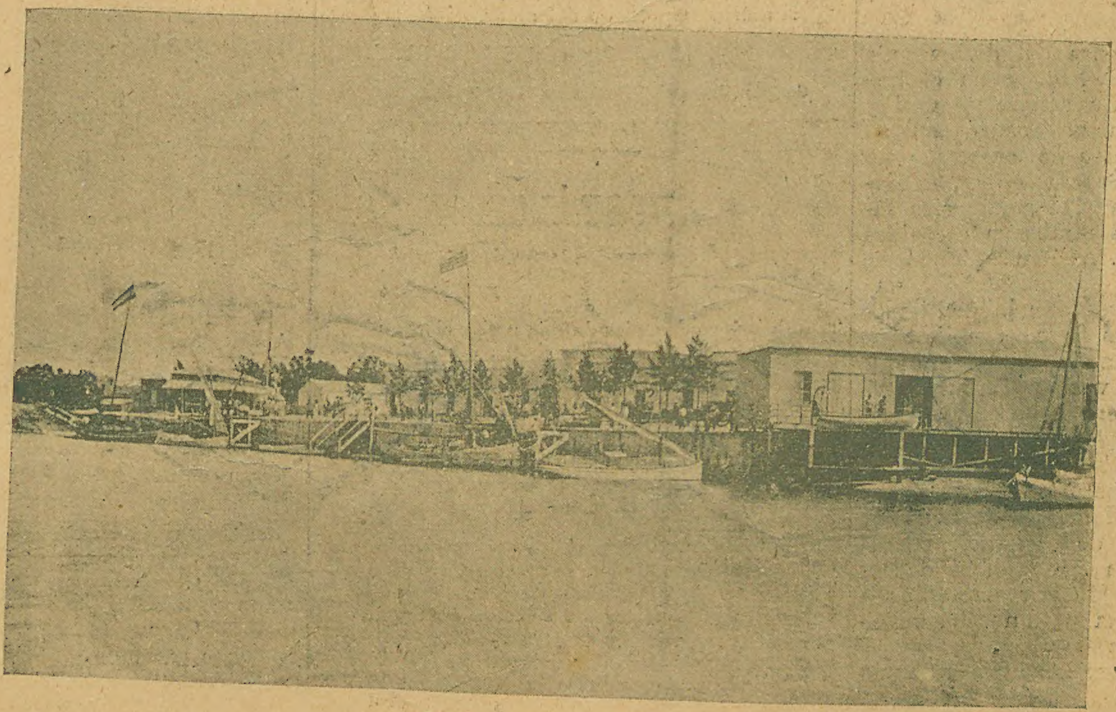
Es ese el motivo por que los niños anhelan con ciega fruición la llegada de Enero, pues así podrán lucir, al par que el trajecito nuevo, los múltiples obsequios que han merecido. Esa es, pues, la razón que impele á las criaturas á esperar Enero, con la misma avidéz que los Israelitas esperaban el Maná. Pero, en cambio, para los que ya descendemos la árida montaña de la vida, llevando sobre nuestros pulmones la abrumadora carga de los años y la pesada cruz de los infortunios y amarguras, la llegada de un nuevo año, nos llena el alma de pesar, y el corazón de tristeza; pues vemos, con dolor, que las nubes de esperanza, que existian en el cielo de nuestras ilusiones, se apartan, huyen, se esfuman y poco á poco se desvanecen, hasta extinguirse por completo, allá, en la infinita llanura del éter!

Un año más, para nosotros, equivale á agregar un nuevo eslabón á la negra y fría cadena que nos ha de unir al sepulcro; á avanzar un poco más hácia el lecho eterno! Un año más de vida, es un año menos de existencia que nos resta.

Los que surgen recien á la vida, desean con delirio la venida de los años, en cambio, nosotros, si bien no lo anhelamos, lo recibimos con estoica resignación, exclamando contristados: ¡Un año más y mil ilusiones menos!...

Cayetano R. MENDOZA.

Mercedes, Diciembre 21 de 1897.



Puerto del Carmelo sobre el arroyo de las Vacas en el departamento de la Colonia (De fotografía)

DIA DE AMOR

Primaveral un dia, de aurora sonrosada,
fué aquel en que tu lábio me dijo tus amores;
mi dia más hermoso, mujer idolatrada,
el de más gratos ritmos, más luces y más flores.

Tu boca, enamorada, divina, palpitante,
dejó brotar, sonoros, raudales de ternura;
muy pálido de dichas estaba tu semblante,
muy fúlgida brillaba tu cándida hermosura.

Un dia fué que el cielo, en púrpura bañado,
su clámide vestía de nácar y zafiros,
mi dia más dichoso, mi dia más amado,
muy pródigo en arrullos, promesas y suspiros.

Albor tuvo sublime; pero su ardiente lumbre
nególe al fin Apolo y agonizó en las sombras,
que, rápidas, bajaron desde la excelsa cumbre
para tender al mundo sus tétricas alfombras.

También como aquel dia, con bellos arreboles
nuestra pasión inmensa vistióse en su mañana;
de nuestro amor la aurora preñada fué de soles
¿será su pompa acaso como es la del dia vana?

¡Oh, no! albores perpétuos, albores rutilantes,
tendrá de nuestro cielo la clámide de raso,
que aún cuándo mil soles dejen de ser brillantes
de nuestro amor el dia jamás verá un ocaso!

Juan Cárlos MENÉNDEZ.

San José, Diciembre 24 de 1897.

Sor Filomela

YA está hecho, por todos los diablos! rugió el obeso empresario, dirigiéndose á la mesita de mármol en que el pobre tenorio ahogaba su amargura en la onda de ópalo de un vaso de ajenjo.

El empresario—ese famoso Krau—¿no conocéis la celebridad de su soberbia nariz, un verdadero dije de coral ornado de rubios alcóhólicos?—el empresario pidió el suyo con poca agua. Luego, secó el sudor de su frente, y dando un puñetazo que hizo temblar la bandeja y los vasos, soltó la lengua.

—«¿Sabes, Barlet? Estuve en toda la ceremonia: lo he presenciado todo. Si te he de decir la verdad, fué una cosa conmovedora... No somos hechos de hierro...» Contóle lo que habia visto. A la linda niña, la joya de su *troupe*, tomar el velo, sepultar su belleza en el monasterio, profesar, con su vestido obscuro de religiosa, la vela de cera en la mano blanca. Después los comentarios de la gente. «¡Una cómica, monja!... A otro perro con ese hueso...» Barlet, el enamorado romántico, veia á lo alto y bebia á pequeños sorbos.

***

Eglantina Charmat, mimada del público parisiense, habia sido contratada para una *tournée* por los paises de América. Bella, suavemente bella, tenia una dulce voz de ruiseñor. Un cronista la bautizó en una ocasión con el lírico nombre de Filomela. Tenia los cabellos un tanto obscuros, y cuando se le desataban en las escenas agitadas, hacia, con gracia propia para recojérselos, el mismo encantador movimiento

de la Reichemberg. Entró en el teatro por la pasión del arte. Hija de un comerciante bordelés que la adoraba y la mimaba, un buen dia, el excelente señor, después del tiempo de Conservatorio, la condujo él mismo al estreno. Timida y adorable, obtuvo una victoria explèndida. ¿Quién no recuerda la locura que despertó en todos, cuando la vimos arrullar, incomparable Mignon:

Connais tu le pays où fleurit l'oranger...?

Festejada por nababs y *rastas*, pudo, raro temperamento, extraña alma, conservarse virtuosa, en medio de las ondas de escándalo y lujuria que á la continua pasan sobre eso que lleva la gráfica y casta designación de *carne de tablas*. Siguió en una carrera de gloria y provecho. Su nombre se hizo popular. Las noches de representación, la aguardaba su madre para conducirla á la casa. Su reputación se conservaba intacta. Jamás el *Gil Blas* se ocupó de ella con reticencias ó alusiones que indicasen algo vedado: nadie sabia que la aplaudida Eglantina favoreciese á ningún feliz adorador, siquiera con la tierna flor de una promesa, de una esperanza.

Almita angelical encerrada en la más tentadora estátua de rosado mármol!

*
* *

Era ella una soñadora del divino pais de la harmonia. ¿Amor? Si, sentía el impulso de su amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el principe de su sueño no habia llegado, y en espera de él, desdeñaba con impasibilidad las galanterias fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los cresos golosos. Allá en el fondo de su alma le cantaba un pájaro invisible una canción, vaga como un anhelo de juventud, delicada como un fresco ramillete de flores nuevas. Y cuando era ella la que cantaba, ponia en su voz el trino del ave de su alma: y asi era como una musa, como la encarnación de un ideal soñado y entrevisto, y de sus lábios diminutos y rojos, caian, á gotas harmónicas, trémulos cristalinos, arpegios florecidos de melodia, las amables músicas de los grandes maestros, á los cuales ella agregaba la delicia de su intimo tesoro. Juntaba también á sus delectaciones de artista profundos arrobamientos misticos. Era devota.

—¿Pero no estais escribiendo eso de una cómica?

... Era devota. No cantaba nunca sin encomendarse á la virgencita de la cabecera de su cama, una virgencita de primera comunión. Y con la misma voz suya con que conmovia á los públicos y ponia el extremecimiento de su fuerza mágica sobre palcos y plateas interpretando la variada sinfonia de los amores profanos, lanzaba, en los coros de ciertas iglesias, la sagrada lluvia sonora de las notas de la música religiosa, interpretando también los deliquios del infinito amor divino; y asi su espiritu, que vagaba entre las rosas terrenales como una rosa de virtud, iba á cortar con las virgenes del paraiso las margaritas celestes que perfuman los senderos de luz por donde yerran, poseidas de la felicidad eterna, las inmortales almas de los bienaventurados. Ella cantaba entónces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de risueñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y su lengua se regocijaba con alabanzas á la Reina Maria Santisima y al dulce Principe Jesús.

(Concluirá)

RUBÉN DARÍO

Buenos Aires, Diciembre 22 de 1897.

REDENCIÓN

(INÈDITA)

Llegóse á Adán, de pena enloquecida,
la hermosa compañera de su vida,
cuando el santo precepto quebrantó,
diciéndole:—«¡Perdóname: he pecado;
recházame, si quieres, de tu lado!»
Y llorando á sus plantas se postró.
Doblan su tallo las galanas flores,
enmudecen los pájaros cantores,
se oculta el sol y brama el huracán:
todo es guerra y catástrofe en el suelo,
se enlutecen los ámbitos del cielo,
y absorto y grave permanece Adán.
Eva, abrumada de dolor, insiste,
y con acento cariñoso y triste
dice al oido de su amado bien:
—«Aunque lo enorme de mi culpa mides,
¡te imploro por piedad que no me olvides!
¡Partamos juntos del perdido Edén!»
Esclavo Adàn de la pasión más loca,
de su adorada en la celeste boca
un ósculo dulcisimo estampó;
beso de redención, de eterna alianza,
cadena de una tierna venturanza
que el sacro fuego del pesar fundió.
Tendió el iris su franja de colores;
Naturaleza, rica de explendores,
de hermosisimas galas se atavió;
las aves en concierto preludiaron,
y las célicas arpas celebraron,
la radiante apoteósis del amor.

RAFAEL DE LOS RIOS.

Caracas (Venezuela), Noviembre 11 de 1897

NOSTÁLGICOS

Para mi Madre

¡Oh, brisas perfumadas de mis nativos lares,
Traed en vuestras alas, henchidas de pasión,
Los besos sacrosantos del ser que me dió vida,
Los besos de mi madre, del alma de mi amor!

Traedlos, que ellos calmen las penas que me aflijen,
Y arranquen de mi mente las nubes del pesar;
Traedlos, que sin ellos, mi ausencia es muy horrible
Traedlos, que con ellos, mi mal se extinguirá.

Traed, tambien, ¡oh brisas!, los ayes quejumbrosos,
Que triste exhala el alma del ser que me creó,
Traedlos que yo anhelo saber cuanta es la pena
Que embarga de mi madre su santo corazón...

¡Oh, Dios de mis creéncias! Del alma de mi madre
Borrad con firme mano las sombras del dolor,
Y haced que desparezcan por siempre, ¡Dios piadoso!
Las penas y amarguras que causan su aflicción!

CAYETANO R. MENDOZA.

Mercedes, Diciembre 23 de 1897.

SOBRE EL MURO

Para Augusto Cazeaux

El muro era alto, muy alto; las avanzadas enemigas tendianse á la derecha en alı de batalla; el arma preparada, la actitud amenazante y en la pupila de sus ojos brillando fulgurante chispa de valor, iban á defender el último baluarte para lanzar al aire los himnos marciales de la diana.

El muro era alto; era necesario escalarlo y descubrir la estratégia del enemigo, morir sobre él si asi lo demandaba la gloria de los que habian quedado diezmados en el campo de batalla.

*
* *

¡Allá!, gritó el general, con voz potente; y el trompa de órdenes, un jóven soldado que habia corrido á defender su pátria llevando todavia húmedas sus mejillas por las lágrimas de la madre al despedirse, se lanza á la carrera y haciendo esfuerzos sobrehumanos, escala el muro, y sin aliento, desfallecido, sosteniéndose de las ramas de un árbol, vé al enemigo que se acercaba al muro.

La muerte era inminente; lleva á sus lábios el clarin y con voz de bronce deja oir sus ecos de metal, tocando ¡ataque!

Una descarga le derriba, pero no muere, y vuelve el clarin á tocar una diana triunfal que se oye como un grito de gloria ahogando el estampido del cañon.

Nueva descarga y cáe mortalmente herido recostando su cuerpo agonizante en el tronco del árbol.

*
* *

El enemigo huye, los defensores de la pátria están sobre el muro y el trompa de órdenes con las mejillas húmedas todavía por las lágrimas de su madre que al partir derramó en su rostro,—muere!

*
* *

Alto el fuego! ordena el general; ¡presenten! repite, y el bravo soldado que con su clarin de voces de bronce ha salvado á la pátria, recibe los honores sobre el muro que le sirvió de pedestal para su gloria.

INDISCRETO.

Á AMELIA

Venid con tus miradas de fuego y de ternura
A estremecer mi pecho con tu dulce mirar;
Venid, venid hermosa, sonriente de ventura,
Tus lábios con los mios en un beso á juntar.

Unid, mujer de fuego, tus lábios á los mios,
Tu pecho con mis manos oprime con ardor,
Y con sonrisas tiernas y en locos desvarios
Entrégame en mis lábios la prueba de tu amor.

Bebamos, sí, bebamos, la dicha que en la tierra
Nos brinda la Natura, amandonos asi,
Bebamos las delicias que el existir encierra
Uniendo nuestras almas en loco frenesí.

LUIS CHIOZZA.

Montevideo; Diciembre 25 de 1897

LOS ÁLBUMES

SI se me pidiera la definición de lo que es el álbum de una mujer, diria ésta, la que más pronto me viene á la boca: es el pequeño templo literario adonde acuden los devotos--admiradores y amigos--á rendir homenaje á la dueña de ese libro, cuyas páginas, blancas en un principio, concluyen por ser negras. No sé si mis amables lectoras estarán de acuerdo con mi opinión; no sè tampoco por qué he elegido esa definición que contraviene--y esto para mi--á las más elementales reglas de la lógica y de la retórica, pero sé ciertamente que, veridica ó falsa, no ha de ser del todo despreciada por las damas que me lean.

—¿Quién es élla?—debe preguntar el escritor, parodiando á Don Francisco de Quevedo, cuando se le trae un álbum de femenil pertenencia, para que inutilice la blancura de una de sus páginas. ¿Es bonita? Pues un soneto á su hermosura. ¿Qué, por desgracia es fea? Pues no le faltarán recursos para alabar su alma, que como no se vé, ni se oye, ni se verá jamás, puede ser

tan pura como la luz, tan grande como el espacio y tan buena como la bondad misma. ¿Qué tiene novio? Pues unos cuantos renglones sérios, circunspectos y en prosa —y haciendo, si es posible, en ellos, todo el alarde de la propia sabiduría, agasajando indirectamente al futuro poseedor de la prenda—bastarán para que se salga campante y airoso del paso. ¿Qué es muy jóven? ¡Ah! Entónces es cuando entran en juego las esperanzas, los ideales, las nitideces del alma, el célebre y comentado porvenir de oro y rosa, y el número de flores (entiéndase años) que componen su edad. ¿Qué es vieja y al mismo tiempo fea? ¡Oh dolor!... Pero pensando un poco se resuelve este difícil problema, cuyo resultado no es otro que encomiar su virtud su talento y su nobleza en materia de sentimientos.

Y digo todo esto porque muchas veces he leido por curiosidad las páginas de diversos álbumes que han llegado á mis manos, y he visto escritas en ellos muchas cosas que no les van ni les vienen á sus dueñas, como, por ejemplo, poesías á sus ojos negros, cuando ella los usa simplemente pardos, pequeños y sin atractivos; páginas de esmerada prosa seudo-rubendariana (pido perdón á la Real Academia por el nuevo adjetivo), á los encantos de unos cabellos que no son ni rúbias guedejas, ni hebras de ónix, ni bucles de ángel, sino únicamente pelo; rimbombantes cuartetas en cuyo fondo se ve una hermosura de diosa, un talle de palmera y una boca de coral, cuando consta positivamente que Dios no ha querido que fuera verdad tanta belleza, sino simplemente verso.

Se puede quedar muy bien con una señorita, haciendo, antes de escribir en su álbum, un exámen paciente de su sér y modo de ser, de manera que, eligiendo su condición más resaltante quede ella contenta de la verdad pura ó aproximativa de lo escrito, y no descontenta al enterarse de la mentira forzada dèl escritor que le dice con frases musicales que es tal cosa, cuando ella sabe bien de memoria que no lo és. En resumidas cuentas, hay que buscar un criterio que respire verdad ó que se acerque á ella, para quedar bien con uno mismo y mejor con ella misma. No quiero decir con esto que en los álbumes se lean muchas mentiras; no, señor. Ello indica simplemente que lo que se escribe en sus hojas debe ser el retrato literario de su dueña, y no una pintura que sea tan distinta del original como lo es el dia de la noche.

Cuando no hay realmente belleza física en juego, ahi están el corazón, el alma, la virtud, el amor, la simpatía, temas que pueden desenvolverse libremente sin temor de caer en el más vulgar de los pecados capitales. Además, no hay necesidad de mostrar las verdades completamente desnudas. Tiene la la retórica, por fortuna, mil formas y mil figuras, para poderlas verter hermosamente y hacerlas merecer los lauros de un papel lucido por demás, ante la profundidad de la inteligencia, que es de suyo criticona.

Lo confieso. Del mismo modo que me conduele leer una frase chacotona y trivial en el álbum de una mujer hermosa, que á todas luces merece algo más grande y mejor, me sonrio protectoramente al leer una esforzada y poética alabanza en una de las hojas del libro de la que no es digna de tal cosa. El arte quiere verdad, y la literatura de los álbumes no es más que una de las ramas del arte de escribir en prosa ó verso. ¿No rabiarías, lector, si oyeras decir, como una grande alabanza, que el cielo es bonito, simplemente? Y si te dijeran que un cuadro que representa un celaje es más bello que el mismo firmamento, ¿no te darian ganas de estrujar al que... ? Más, ¡ay! ¡cuántos me graduarán de poco galante é irreverente al leer todo esto! ¡Cuántos me llamarán insociable! ¡Cuántos, huraño! ¡Y cuántos, positivista! Pero yo les arrojo el guante y me quedo en mis trece... y que me digan, con el corazón en la mano, la conciencia por testigo y la inteligencia por juez, si no es verdad todo eso. Y me salgo de este párrafo diciendo que: el álbum debe ser el poético, espejo de su dueña. Ni más, ni menos.

¡Dichosas las niñas que tienen un álbum donde en galanas y musicales frases, rítmicos y cadenciosos versos, se ha rendido tributo á su belleza, á su virtud y á su talento! ¡Dichosas, sí, mil veces dichosas, las que, en las horas del tédio y del fastidio, pueden recorrer con los ojos, una por una, las memorias escritas en ese hermoso libro, y albergar tantos sinceros pensamientos en el recinto sagrado de su alma! Ellas tendran entónces más alegria en el corazón, más vida en su ser, más ensueños en su espíritu, leyendo y releyendo la dulce palabra del literato y la combinación poética del vate.—¡Y todo esto ha sido escrito para mí!—se dirán regocijadas.—Amigos, escritores, filósofos, poetas, todos han recorrido con florido paso estas páginas, convertidas hoy en mi castillo encantado!...

Y allá, cuando inflexibles avancen los años en su viva carrera, cuando la niña convertida en esposa tenga en derredor de sí los inefables afectos del hogar, ella podrá sacar enternecida de su caja de memorias aquel álbum que la ayudó á forjar sus ilusiones y sus esperanzas cuando jóven, y podrá contemplarlo y leerlo aún mil veces más. Y con el mismo sentimiento con que se recuerdan los goces de la juventud, con el mismo deleite con que se contemplan las viejas flores conservadas entre las hojas de un libro, con la misma dicha con que se escuchan las notas de una música lejana que nos hizo conmover en otros tiempos, con ese mismo afán que hace surgir nuevamente del alma las cosas olvidadas, la vista de aquel álbum levantará una montaña enorme de recuerdos que nunca han muerto ni morirán jamas. Entónces, la madre mostrará aquella alhaja de tanto valor á sus hijos; y en los puros reflejos de sus páginas, en el fragante aroma que se desprenderá de ellas, los tiernos pequeñitos aprenderán en un grato lenguaje la enseñanza del sentimiento, del talento, de la virtud y de la belleza bien comprendida y mejor juzgada.

Lector: ¿sabes ahora por qué yo preconizaba hace poco la verdad de lo que se escribe en los álbumes? ¿Me has comprendido al fin? Pues bien: así sea

Pedro MARTI.

Montevideo, Diciembre de 1897.

L'HIVER

Alejandrinos franceses de Adolphe Retté, traducidos y arreglados á romance castellano

Para Otto Miguel Cione

Avanza el crudo Diciembre;
El viento con fuerza sopla
Y hace crugir el ramaje
De los árboles sin hojas.
Baja á intérvalos la nieve,
Que flotando silenciosa
Sobre los montes y valles
Forma delicada alfombra.
Deslumbrante de blancura,
Como el risco en que reposa,
Se destaca de un pastor
La endeble y misera choza.

La puerta mal ajustada
Y asaz carcomida y rota,
Da paso al viento que silba
Y que, rudo, el rostro azota
Del único ser humano
Que en aquel recinto mora.
Es anciano, y bien lo dicen
Sus cadavéricas formas,
Las arrugas de su rostro,
Su espalda, que ya se encorva,
Como buscando reposo
En la tierra bienhechora.
Sin poder salir al campo,
Porque el temporal lo estorba,
Sentado junto á la lumbre,
Atiza la llama roja,
Que por desgracia se extingue
Porque la leña se agota.
Tan sólo tiene un mendrugo
Para llevar á su boca,
Y unas pajas son el lecho
En que de noche reposa.
Soledad triste le cerca,
Soledad que el alma agobia.

¿Tiene al menos en su mente
Risueñas, consoladoras,
Algunas gratas ideas
Que hagan su vejez dichosa?
¡Ay! la ingratitud filial,
La más sensible de todas,
Es la que aflije su pecho
Y tortura su memoria.
Y el recuerdo de unos hijos,
Que á su suerte le abandonan,
Cuando en la miseria gime
Y la ancianidad la postra;
Es un tormento mayor
Que la humedad de la choza,
El frío, el hambre y la sed,
Y las privaciones todas.

«¡Ay de mí!—clama el anciano,—
Tras mi vida laboriosa,
En pos de trabajos tantos,
Que resignado soporta,
Quien buen esposo y buen padre
En su familia se goza;
Hoy, solitario y aislado,
Ya mi paciencia se agota,
Y el desaliento ha suplido
Al valor que me abandona.
¿Dónde encontraré consuelo?...»

Una ráfaga furiosa
Del deshecho vendabal
Las negras nubes arrolla,
Y un tibio rayo de sol,
Con su luz consoladora,
Por la puerta mal cerrada
Penetra en la obscura choza;
Y entre los copos de nieve,
Cual ellos limpia y airosa,
Viajera de otros paises
Y de otra estación memoria,
En la choza triste y fria
Penetra blanca paloma.

Esta doble aparición
Contempla con vista absorta
El melancólico anciano
De la choza tenebrosa;
Y al repetir aflijido,
Con voz abatida y ronca:
¿Dónde encontraré consuelo?
Dijo el pájaro: «En la Gloria.»

WERTHER.

Montevideo, Diciembre 25 de 1897.

CUESTIONARIO

Con el sombrero puesto y el bastón en la mano, presto á salir, Silverio d'Espagnac arrojó una última mirada al espejo—era un guapo muchacho á la verdad—llamó á su camarero, é interrogó con cierta emoción:

--¿Justino, el prenombre?
--Clarisa, señor.
--¿El nombre?
--Señora de Villarosa.
--¿Titulada?
--Baronesa.
--¿La edad?
--Veinte y tres años, aproximadamente.
--¿Es casada?

--Se la cree viuda.

--¿La casa?

--Calle de Penthiévre, 17.

--¿El piso?

--En el segundo, arriba del entresuelo.

--Recapitulemos. ¿La baronesa Clarisa de Villarosa, de veintitres años de edad, viuda, con habitación en la calle de Penthiévre número 17, segundo piso, arriba del entresuelo?

--Si, señor.

--Está bien; ahora, Justino, preparareis mis petacas de viaje, porque si la baronesa consiente, yo partiré con ella para Italia esta misma noche.

En seguida, Silverio d'Espagnac atravesó la antecámara, descendió la escalera y montó en su coche después de haber dicho al cochero.

--¡Pronto! Calle de Penthiévres, 17.

*
* *

Desde hacia tres años, todas las mañanas, á la misma hora, una escena semejante ó poco diferente se reproducia por manera inevitable.

A las preguntas de su amo--sin ayudarse de ninguna enseñanza, sin valerse de ninguna estratagema, Justino debia responder por el prenombre, el nombre, el titulo, la edad y la dirección de una mujer completamente imaginaria; y nunca se olvidó Silverio de buscar el domicilio designado, por más que no dejara de convencerse cuando el conserje--¡muy naturalmente!—le respondia:

--Yo no conozco absolutamente á esa persona.

¿Porqué esta comedia absurda en apariencia? Porque Silverio d'Espagnac aborrecia los amores fáciles y previstos en la vida, no queriendo deber, por lo demás, sino el más extraordinario de los acasos la mujer de quien él se apasionara.

¿Verdaderamente esperaba que un misterioso acuerdo entre la voluntad de la providencia y la imaginación de su camarero le permitiera, un dia ú otro, encontrar la amante ó esposa predestinada?

Sin duda alguna, y este sueño le era tanto más querido, cuanto más perfectamente quimérico se hacía.

Ni las hermosas jóvenes que jamás se rehusan, ni las bellas mundanas que á ocasiones consienten, podian disuadirle de su único pensamiento. Más de alguna de entre las que lo codiciaban desatinadamente, habiale hecho en vano, por medio de una mirada ó una sonrisa, el vago y tierno signo que no prohibe la aproximación; él no tenia sino un deseo, uno sólo; y era con angustias siempre renovadas como se hacia conducir, todas las mañanas, al lugar indicado por la fantasia de un criado novelesco.

*
* *

El coche se detuvo. Al dirigirse á la puerta Siverio, á pesar suyo, temblaba y marchaba á pasos lentos, como si quisiera retardar el instante de la cruel respuesta á que estaba ya acostumbrado.

Las bodegas del «Gran Establecimiento Harriague» en la ciudad del Salto (De fotografía)

--¿La señora de Villarosa?

--Está en casa; señor.

--¿Cómo? exclamó con el corazón sobresaltado. Pero no, vos me habéis oido mal; yo he dicho: ¿La señora de Villarrosa?

--¡Y bien? si.

--¿La baronesa Clarisa de Villarrosa?

--Justamente.

--¿Una jóven de veinte y tres años, poco más, ó menos?

--Creo que si.

--¿Qué es viuda?

--Desde hace dos años.

--¿Y que se aloja e[illegible]gundo piso?

--Arriba del entres[illegible]lo......

Silverio se precipitó, saltó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, no se hizo anunciar; lanzó una puerta, rechazo otra, penetró al *boudoir* y cayó á los pies de una jóven estupefacta!

*
* *

Como ella era rubia y deliciosamente bella--el acaso se habia propuesto conducirlo á un tan bello camino--Silverio no tuvo ni por un instante la idea de volver atrás. ¿Qué palabras pronunció? ¿Con qué irresistible pasión revelaria, acompañando los ademanes á la voz, sus atrevidas esperanzas? ¿La señora de Villarosa, á quien él, sin duda, no dejó de referirle, con algún detalle, la historia de su quimera realizada, comprendió tal vez que habria sido una locura no sufrir hasta su término la fatalidad de una tan asombrosa coincidencia, ó quizás ella era de las que ordinariamente resisten mal á los jóvenes que suplican de rodillas?

¡Quién lo sabe! El hecho incontestable es que ese dia los baúles de viaje no fueron preparados en vano, y Silverio y Clarisa conocieron en Venecia los preciosos paseos lentos á bordo de una góndola, bajo el inmenso azur y la delicia, en Nápoles, de permanecer abrazados en el balcón de la terraza, á la caida de la tarde, mientras que la ignea llama del Vesubio ascendia en un sólo haz de fuego hasta los astros.

Más enamorado de dia en dia, era Silverio perfectamente feliz, no teniendo más que una pasajera tristeza el dia en que Clarisa le dijo:

--¿Regresamos á Francia?

--Como os plazca, mi dulce amante; pero ¿acaso no temóis encontraros con Justino?

--¡Oh! no, con una buena propina... Vos comprenderéis... Yo estaria muy apenada y no podria menos de enrojecer ante ese pobre muchacho, puesto que él ha sido cómplice de la astucia que he imaginado para conquistar vuestro amor, amigo mio!

CATULLE MENDÉS.

Aviso de Administración

La Administración de este periódico avisa á sus abonados que la cobranza de avisos y suscriciones se efectuará, en la Capital, después de aparecido el tercer número de cada mes, y en campaña, por adelantado.

Establecimiento grafico á vapor. Convención 82